

1

En el mes de mayo de 1927 pasé unos días en Port-Vendres de los que conservo un recuerdo muy agradable. Fue precisamente en Port-Vendres donde decidí trasladarme a Ceret para visitar al escultor Manolo Hugué. Me habían dicho que había sufrido un achuchón muy fuerte y que se había pasado más de siete semanas en una clínica de Perpiñán. Aunque fuese tan sólo para darle la enhorabuena, el viaje era obligado. Además, hacía muchos años que no nos veíamos y cualquiera que lo haya tratado sabe que es una de esas personas que se echan en falta. La última vez que nos habíamos visto fue en un pueblecito de la Cerdaña, cerca de Bourg-Madame. Aún me parece verlo sacando la cabeza por la estrecha ventana de la casa de payés donde vivíamos, espionando con un temor infantil y nada disimulado, rascándose el cráneo reluciente, la otra mano en el anca, las nubes sobre las montañas, escuchando, con horror sagrado, los truenos lejanos...

Yendo hacía allí, al cambiar de tren en Elna, encontré a otro amigo, el escultor leridano Biosca, que había conocido en el taller de Arístides Mallol en Marly-le-Roy. Tuve la típica satisfacción de cuando encuentras a un buen amigo y te da una sorpresa. Y es que Biosca me dijo que en aquel momen-

to trabajaba en el taller de Manolo y que podía decirse que vivían juntos. Le respondí que precisamente iba a Ceret para ver a su jefe y todos quedamos satisfechos y encantados. Pero al llegar a Ceret, Madame Manolo nos dijo que su marido se había ido a Prats de Molló porque el médico le había recetado aire fino, agua fresca y vida montañesa. Decidimos subir hacia allí, todos juntos, al día siguiente.

Aquella tarde Biosca me hizo conocer Ceret, que es una divinidad. Era primavera y rodeaban la villa unos viñedos recién podados, cerezos cargados de fruta primeriza y huertos inclinados, en una claridad angelical. En cada árbol había un ruiseñor y todos cantaban sin cesar. Tanto había que un pintor norteamericano que encontré tomando el aperitivo en el café principal me dijo que no le dejaban dormir y que debía tomar veronal. Aquel hombre era probablemente un gran artista y además un perfecto animal. Las calles de Ceret tienen algo adorable: durante todo el año, en uno y otro costado, fluye una corriente de agua clara que nunca se acaba. Esta abundancia os produce una agradable sensación de felicidad. Los días que Déodat de Séverac bebía más de la cuenta, solía sentarse en una de estas corrientes líquidas para aligerar la cabeza. Por la noche, el rumor profundo y suave de las aguas me recordó vagamente los murmullos aterciopelados de las fuentes de Roma que a veces aún me hacen soñar. El pueblo está apiñado y es viejo, con muchas plazuelas, sombreadas por plátanos antiguos, y muchas callecitas estrechas, adormecidas y afinadas. Me enseñaron la casa donde se firmó el Tratado de los Pirineos que tantos recuerdos tiene para nosotros, los catalanes. Enfrente hay una fuente redonda, de proporciones y materia admirables, rematada con un león renacimiento algo espeso que a sus pies tiene una inscripción en latín macarrónico que dice «¡Venid ceretanos! El león castellano se ha

convertido en el gallo *gaulois*».* También vimos la casa del Obispo Subirana que contiene una gran biblioteca oscura y unas palmeras de yeso en la galería, dispuestas con relieve en la pared. Nos paramos un momento ante el monumento a los muertos, de Maillol, y delante de la figura que guarda la memoria de Séverac. Son dos esculturas de primer orden, de una simplicidad que impone y de una vanidad que os deja el espíritu vaporoso y flotante. Por la noche, acunado por las aguas y por los trinos de los ruiseñores, leí la historia del Rosellón y, por primera vez, me enteré de la existencia del famoso juez Sagarra que fue magistrado al servicio de Luis XIV y que cometió barbaridades apaleando a los contrarios a la anexión del Rosellón a Francia. El juez era, naturalmente, catalán y de todos los traidores que contiene nuestra historia, además de ser uno de los más repugnantes, es de los que ha dejado un recuerdo más vivo ya que, en todo el Vallespir, cuando hoy se quiere hablar de un hombre cruel y sanguinario se dice que es de la piel de Sagarra.

Al día siguiente, en coche, subimos hasta Prats de Molló siguiendo la corriente del Tec. La carretera sigue el valle estrecho del torrente y pasa entre montañas cubiertas de castaños tiernos, apedazadas por verdes bancales y campos sanguinosos llenos de alfalfa y amapolas. A través de los árboles se ve hervir, sobre las rocas y los guijarros, el agua turbia del Tech y se oye siempre el susurro sordo del torrente. De cuando en cuando, al pie de la carretera, se encuentra una casa de payés y cuando se va subiendo, las cosas adquieren un aire oscuro y pillo, se sienten las sensaciones de la montaña, la humedad del terreno umbrío y el aire de las cumbres afilado como un cuchillo. En una curva adivinamos unos neveros sobre las rocas moradas de

* Se ha decidido mantener en cursiva aquellas frases o palabras que aparecen en castellano y en francés en el texto original, así como algunas expresiones catalanas que se ha considerado preferible no traducir. (N. del T.).

unos peñascos rasgados por nubes blancas. Al poco, el pueblo se deja ver. Prats es una villa situada en uno de los lugares donde el valle del torrente es más estrecho, de modo que las casas parece que caigan por el desnivel agudo de la vertiente. En la cima del pueblo hay un castillo antiguo y pintoresco, cargado de aspilleras y torres, de tejados superpuestos y de detalles militares minúsculos e hinchados. Del castillo sale una muralla que tiene el perfil de saco, rodea el pueblo y parece impedir que caiga en el torrente. Hacia la mitad del lugar, el desnivel forma un rellano en el que está la iglesia con un árbol en lo alto del campanario y un encabalgamiento de casas adosadas alrededor. Ante la puerta de Francia se abre una gran plaza rectangular sombreada por olmos de hoja fina y plátanos centenarios, de una gracia campestre considerable, y es allí donde celebran las ferias, los espectáculos y los mercados.

Paramos en la Fonda del Ocell y luego fuimos a dar una vuelta por el pueblo. Pasamos por diversas calles estrechas. Los tejados de las casas, con las barbacas salidas, sólo permitían entrever una cinta de cielo. Al fondo de una calle en cuesta, con escaleras, vimos una Veracruz muy dramática pintada con colores violentos, rodeada de los faroles de un coche mortuorio. Pero el tránsito por las calles de Prats es difícil porque siempre es posible que la rueda de una carreta de bueyes os aplaste contra la pared. Así entramos en el bazar y vimos a Manolo, delante de un montón de calzoncillos y camisetas de payés, abigarradas de colores químicos —amarillo canario, heliotropo, carmín rabioso—. En aquel momento, con el bastoncillo en la mano, se hacía tomar medidas para comprarse algún juego de aquellos trastos gruesos y extraños.

—Os ponéis estos calzoncillos —decía ante un grupo de payeses boquiabiertos— y os quedáis inmovilizados para siempre, como un guerrero medieval...